Capítulo 2

El final del quinto sol

La historia moderna de la clase y la raza en Norteamérica comienza con las violentas imposiciones del gobierno colonial europeo sobre las sociedades indígenas que le precedieron. Nunca antes, y quizá después nunca suceda, se había suscitado que la historia mundial fuera testigo de una devastación a tal escala. A lo largo y ancho de las Américas, 150 millones de aborígenes sucumbirían, a través de un siglo, a las armas, el trabajo forzado o las enfermedades transmitidas por los conquistadores. Durante el mismo periodo, millones de africanos serían secuestrados y llevados a las Américas para trabajar como esclavos. Es imposible entender la desigual contemporánea de clase de los indios y los afroamericanos sin examinar primero estos antecedentes históricos.

Tampoco es casual que el racismo –la creencia ideológica de que hay razas superiores e inferiores– se desarrollara durante el periodo de la conquista y la colonización de las Américas. Antes de ese periodo, Europa había tenido escasas relaciones comerciales con pueblos no europeos en África y Asia. Fue tan sólo a partir de la colonización que los europeos empezaron a tener contactos extensos y relaciones de explotación de clase con los africanos y los aborígenes americanos. La colonización representó la primera ocasión en la historia universal en la que diferentes razas se combinaron en estructuras de clase a gran escala. En este contexto, los europeos desarrollaron la ideología moderna del racismo, como un intento pseudocientífico de racionalizar y justificar el hecho social de que obligaban a quienes no eran blancos a ocupar las posiciones económicas y de clase inferiores.

Los ideólogos del racismo cuestionaron primero a qué grado los indios eran seres humanos. En las décadas que siguieron a la conquista del imperio azteca, realmente se suscitaron debates en Europa acerca de la cuestión de si los indios eran seres humanos plenos o seres inferiores en la escala del desarrollo. Si eran seres inferiores, entonces los principios morales cristianos no se aplicarían a ellos. El papa Paulo III resolvió la disputa en 1537, al menos para la Iglesia, al publicar una encíclica que proclamaba a los indios plena-

mente humanos. Ese decreto, sin embargo, no terminaría con todas las actitudes racistas hacia ellos. Los siguientes blancos de esta ideología serían los esclavos negros. Los racistas podían justificar el subyugarlos sobre el argumento de que eran criaturas inferiores que habrían de ser tratadas de manera muy similar a los animales domésticos. Los amos esclavistas del nuevo mundo estarían de acuerdo con la distinción romana de que un animal era un *instrumentum mutum*, mientras que el esclavo era un *instrumentum semi-vocale*.

La historia moderna de la desigualdad de clase y raza en Norteamérica comienza así con la conquista y la colonización europeas. La historia completa de Norteamérica, sin embargo, empieza con los pueblos que habitaban el continente 25,000 años antes de la llegada de los europeos.

Las sociedades indígenas justo antes de la conquista

¿Qué tipo de sociedades eran las que existían en la Norteamérica precolombina antes de que llegaran los colonizadores europeos? Para responder a esa pregunta tendremos que hacer un breve rodeo hacia la manera en que los científicos sociales clasifican a las sociedades en la historia mundial.

Los antropólogos catalogan a las sociedades aborígenes precolombinas de Norteamérica según sus culturas en pueblos, tribus y naciones. Cada concepto sucesivo es indicador de una unidad que abarca cada vez más, basada en lenguajes, visiones, tipos de música, y otras características culturales compartidas. Varios pueblos diferentes pueden pertenecer a una tribu y varias tribus pueden pertenecer a una sola nación.

Los lingüistas clasifican a las sociedades aborígenes norteamericanas según las lenguas habladas y éstas se agrupan en tres niveles diferentes: familias, lenguajes y dialectos. Las familias de lenguajes contienen lenguas que comparten raíces lingüísticas comunes, pero que no necesariamente son mutuamente inteligibles. El inglés y el alemán, por ejemplo, pertenecen a la misma familia de lengua. Los dialectos se derivan de lenguas particulares que son mutuamente inteligibles. A lo ancho de Norteamérica existió un gran número de diferentes familias de lenguas aborígenes. Según la cantidad de hablantes en la actualidad, las nueve principales se hablan en México, en donde más de 5 millones de personas continúan expresándose en lenguas indígenas. El censo mexicano de 1990 contó 37 lenguas de importancia. El náhuatl, con 1'200,000 hablantes, es la más utilizada. Además de las 37 lenguas mayores, existe una cantidad de lenguas menores, con menos de

8,000 hablantes cada una.[12] Estas lenguas pueden escucharse en las calles de casi cualquier ciudad. En lo que habría de convertirse en el suroeste de Estados Unidos, había cuando menos seis diferentes familias de lenguas, algunas de las cuales alcanzaban al sur hasta Mesoamérica y también hasta lo que se convertiría en Canadá hacia el norte.[13] La mayor lengua aborigen en Estados Unidos –la tercera en Norteamérica– es el navajo, que tiene unos 149,000 hablantes mayores de cinco años de edad. En la actualidad, un automovilista que atraviese Nuevo México y Arizona puede escucharla por la radio del vehículo. Los pueblos indígenas que habitaban el área de la actual Canadá, poseían 11 diferentes familias de lenguaje. Más de 50 diferentes lenguas aborígenes siguen hablándose.[14] El análisis lingüístico revela que hay una diferencia cualitativa entre la familia de lenguas de los inuits (esquimales) y aquéllas de los pueblos aborígenes al sur. Estas últimas son más similares entre sí que cualquiera de ellas con las lenguas inuit, lo que indica que los dos tipos de pueblos no están relacionados étnicamente entre sí. Los inuits comparten más estrechamente sus características étnicas con los pueblos del noreste de Siberia que con los pueblos aborígenes al sur. En consecuencia, es más probable que la migración de estos últimos fuera anterior y procediera de diferentes regiones asiáticas en comparación con la migración de los inuits. Tiene sentido considerar que los pueblos aborígenes de Norteamérica procedían de dos familias étnicas diferentes por completo: los esquimales en las regiones árticas y subárticas y los indios en todas las áreas del sur.

Para nuestros propósitos, sin embargo, la clasificación cultural y lingüística no nos resulta tan útil como identificar y clasificar a las sociedades precolombinas según sus niveles de desarrollo tecnológico y sus tipos de estructura económica. En términos de los niveles de desarrollo tecnológico, la historia mundial en general se ha trasladado de las sociedades con fundamento central en las tecnologías de la caza y la recolección hacia aquellas cuyo sustento en tecnologías más sofisticadas de horticultura, agrícolas y finalmente industriales se incremente cada día. La caza y la recolección implican el obtener alimentos, como su nombre lo indica, a partir de cazar animales, recoger frutos y verduras silvestres. No hay una producción real de alimentos más allá de su preparación y cocción. Las sociedades basadas en la horticultura marcaron un avance cualitativo respecto a las sociedades basadas en la

[12] Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), *XI Censo General de Población y Vivienda, 1990,* Aguascalientes, INEGI, 1992.

[13] Kenneth Hale y David Harris, "Historical Linguistics and Archaeology", *Handbook of Northamerican Indians,* vol. 9, Washington, D.C., Smithsonian, 1979, pp. 170-177.

[14] R. Douglas Francis, Richard Jones y Donald B. Smith, *Origins: Canadian History to Confederation,* Toronto, Holt, Rinehart and Winston of Canada, 1988, p. 8.

caza y la recolección porque producían alimentos –de manera claramente distinta a lo que se lograba por medio de la caza y recolección– a través de la siembra, el cultivo de la tierra y la cosecha. La célula tecnológica de una sociedad basada en la horticultura es un campesino que se sirve de una coa para trabajar una pequeña porción de tierra. En las sociedades basadas en la agricultura, los campesinos incorporan la energía de los animales en el proceso de producción al utilizarlos para arar. Esta energía suplementaria permite cultivar áreas más grandes. Mientras que los horticultores cultivan pequeños huertos, los agricultores cultivan campos. Finalmente, las sociedades industriales representan la incorporación de fuentes de energía que no se derivan de los animales (combustibles fósiles, vapor, electricidad) y que son usadas para impulsar máquinas. Los horticultores y los agricultores utilizan simples herramientas, mientras que en las sociedades industriales se hace uso de máquinas complejas. Desde el ángulo de análisis de la tecnología, las sociedades indígenas norteamericanas previas a la conquista, variaban según sus formas de caza y recolección en las regiones más primitivas, y de horticultura en las más avanzadas. En ninguna de ellas se había alcanzado la etapa de la agricultura –no había arados antes de la conquista.

En términos de los tipos de estructuras económicas, la historia mundial ha sido testigo del movimiento general de las primeras con base comunal, hacia otras cada vez más complejas organizadas desde el Estado: esclavista, feudal y capitalista. Las sociedades comunales estaban compuestas sobre todo por pequeñas bandas de pueblos nómadas dedicados a la caza y la recolección. Lo que resultaba de importancia definitiva para ellos era la igualdad que existía entre sus miembros. Todos compartían los mismos parámetros de vida de subsistencia. No sólo eran sociedades previas a las clases, sino que también eran sociedades previas al Estado, dado que no había grupos que se dedicaran por separado al gobierno, la vigilancia o los asuntos militares. En la historia mundial, a medida que se desarrolló la horticultura, se formaron pequeñas comunidades aldeanas, que representaban los puntos entre el final del igualitarismo y el principio de sociedades de clase a mayor escala y con más complejidad. En dichas comunidades, la primera separación entre los parámetros de vida y las clases sociales comenzó a surgir cuando algunos hogares controlaron mayores porciones de tierra que otros. Con el tiempo, algunos conquistadores reunieron las aldeas en redes más amplias de autoridad, estableciéndose como gobernantes. Estas sociedades de Estado representaron el primer desarrollo pleno de las sociedades de clase en la historia y existieron en Asia, África y las Américas.[15] La esclavitud grecorromana representó la

[15] Otros autores utilizan términos como “modo de producción asiático” y “tributario” para este tipo de sociedad.

siguiente forma de estructura económica; que parcialmente se reprodujo con la esclavitud en el Nuevo Mundo después de la conquista. Tras la caída de Roma, Europa se redujo a casi un milenio de feudalismo en el que los señores locales dominaban a los campesinos dependientes. El capital, como organización económica y más tarde como estructura mundial, se empezó a consolidar en el siglo XVI. No es casual que el desarrollo capitalista y la conquista se suscitaran en la misma época. Los exploradores europeos, en tanto que estaban atraídos principalmente por la seducción del oro, buscaban en última instancia rutas de comercio para la expansión capitalista. En Norteamérica encontraron tres tipos de estructuras económicas precapitalistas: bandas de cazadores y recolectores instituidas comunalmente, imperios organizados por el Estado y una formación intermedia de comunidades aldeanas.

Sociedades comunales

La mayor parte de las sociedades comunales de Norteamérica estaban compuestas por cazadores y recolectores nómadas. Distribuidas geográficamente en el continente y sus únicas excepciones eran los territorios ocupados por las sociedades de Estado y las comunidades aldeanas. Entre los pueblos de mayor importancia organizados comunalmente en vísperas de la conquista, se encontraban los chichimecas en la parte norte de Mesoamérica y los apaches, navajos, indios de los planos, sioux, y cree en el norte. Estas sociedades vivían y se trasladaban en pequeñas bandas que raramente sobrepasaban las 50 personas. Entre sus miembros había una igualdad económica y social fundamental. No existía sentido de propiedad de la tierra o de cualquier otro medio de producción. Quizás podía haber posesión de las tiendas y otros artículos, pero, debido a que todas las posesiones tenían que trasladarse de un lugar a otro a medida que cambiaban los territorios de caza, los artículos que se poseían eran simples por necesidad y la oportunidad de acumular riqueza personal era muy exigua. La diferenciación social que se daba estaba restringida a fundamentos de estatus o prestigio que no incluían la clase. El cabecilla de una banda gozaba de más prestigio que los otros pero no poseía riqueza material significativa por encima de ellos. Estas eran sociedades sin Estado, en el sentido de que no había un grupo regular de funcionarios que viviera de imponer tributos a los demás. La toma de decisiones en lo político existía sin duda alguna, debido a que los adultos se reunían para deliberar acerca de problemas comunes, tales como cuándo trasladarse o de qué manera enfrentarse a los enemigos. Ahora bien, debido a lo pequeño de las bandas, era posible y deseable que todos los miembros participaran. En este

sentido, las sociedades comunales eran esencialmente democráticas, no a partir de una convicción ideológica, sino porque sus pequeñas bases poblacionales hacían impensable cualquier otra forma de toma de decisiones.

Comunidades aldeanas

A través de Mesoamérica y en algunas regiones del norte hubo agrupaciones de pueblos aborígenes que habían logrado la maestría tecnológica de la horticultura. Vivían dentro de aldeas sedentarias, cultivaban la tierra como su medio de obtener alimentos, y mostraban evidencias de diferenciación en clases sociales.

Las comunidades aldeanas se desarrollaron antes que las sociedades de Estado en el mundo y en Norteamérica. Fueron los primeros territorios en los que se suscitó la diferenciación de clase. Fue típico que, en la medida en que había más tierra disponible como medio de producción, los hogares y las familias buscaran aumentar el control de mayores porciones de tierra y de las parcelas más fértiles. Este proceso llevó tanto a los orígenes de la propiedad privada como a la diferenciación social de clase dentro de las comunidades aldeanas. Las familias ricas en tierras gozaban de mayores niveles de consumo y de parámetros de vida asociados a la clase social que las familias pobres. Las primeras, sin embargo, dependían de su propia fuerza de trabajo. Sólo más tarde serían capaces de monopolizar la posesión de tierras suficientes como para que otros miembros carecieran de ellas y se vieran obligados a ocupar posiciones de clase subordinadas en lo *económico* y ser trabajadores o rentar tierras. En este sentido, la diferenciación de clase social precedió a la de clase económica, tanto en la historia mundial como en la de Norteamérica.

La generalidad de las comunidades aldeanas de Mesoamérica formaba parte de imperios de Estado de mayor tamaño. Pero al norte hubo dos ejemplos importantes de comunidades aldeanas independientes: los pueblo, concentrados principalmente en el actual Nuevo México, y los iroqueses, que habitaban lo que actualmente es la frontera entre Nueva York y el este de Canadá. El término "pueblo" originalmente lo aplicaron los españoles para describir a todos los indios que vivieran en comunidades aldeanas en los territorios del norte. En tal sentido, los pueblo no deben entenderse como una sola tribu o nación culturalmente unificada, sino más bien como una agrupación heterogénea de comunidades aldeanas dentro de los territorios del norte en la Nueva España. Para nuestros propósitos es útil el término

porque señala el nivel más alto de organización tecnológica y social logrado en lo que en la actualidad constituye el suroeste de Estados Unidos. En el momento que se da el contacto con los españoles, había entre 130,000 y 248,000 indios, que vivían en aproximadamente un ciento de comunidades aldeanas de los pueblo.[16] Practicaban la horticultura y hay evidencia de una elemental diferenciación de clase social, con una élite que tenía un acceso privilegiado a los bienes de consumo.

Los iroqueses, que vivían en algunas partes de lo que en la actualidad es el este de Canadá y Estados Unidos, eran los más desarrollados. Practicaban la horticultura, de la cual provenía hasta cerca de un 80 por ciento de su alimentación y el resto se suplía con caza, pesca y recolección.[17] Varias familias vivían juntas dentro de cabañas y cierta cantidad de éstas se agrupaba en las comunidades aldeanas. Si había diferencias de clase eran poco marcadas. A finales del siglo XV, mucho antes del establecimiento permanente de los europeos, cinco tribus o naciones de los iroqueses, incluidos los mohawk, se reunieron en la confederación iroqués, la formación política amerindia más compleja al norte de México. Los propósitos básicos de la confederación eran suprimir la guerra interna y ser capaces de unir sus fuerzas para efectuar una alianza militar efectiva en contra de otras tribus.

Sociedades de Estado

Los imperios de Estado, que agrupaban gran número de comunidades aldeanas, fueron las sociedades de la Norteamérica precolombina más grandes en escala y también las más complejas. Cierta cantidad de éstas, de las cuales los aztecas y mayas son sólo los más conocidos, existían unos 2,000 años antes de la conquista en las tres zonas principales de lo que los arqueólogos llaman Mesoamérica: el altiplano o las tierras altas del centro que se extienden desde el valle de México, donde se sitúa la actual ciudad de México; la costa del golfo, en lo que en la actualidad son los estados de Veracruz y Tabasco; y el área que comprende la península de Yucatán, Belice y Guatemala. La primera sociedad de Estado de la que hay evidencia fue la de los olmecas, situada en Veracruz, y que comenzó aproximadamente 1,500 años a.C. El periodo clásico de los mayas se extendió del 300 al 900 d.C. En la tierras altas centrales, el imperio azteca (1350-1522) fue precedido por el de Tula (856-1168) y Teotihuacan (200-650).

[16] Thomas D. May, *Social Change in the Southwest, 1350-1880,* Lawrence, University Press of Kansas, 1989, p. 40.

[17] Francis, Jones y Smith, *Origins,* p. 15.

Los imperios de Estado eran sociedades basadas en la clase, y en ellas la clase dominante ejercía su poderío por medio del control del Estado, que a su vez se financiaba por medio de la recolección de tributos que cristalizaban la explotación realizada de las aldeas y otras comunidades. Roger Bartra, quien ha estudiado de manera sistemática los documentos aztecas y generalizado sus hallazgos a otros imperios precolombinos similares, concluía que "la explotación adoptó la forma de un tributo impuesto a las comunidades (pagado en especie, trabajo, o formas primitivas de dinero), que en realidad era una renta que se pagaba al soberano por el uso de la tierra de que él, por gracia divina, era el propietario absoluto".[18]

El imperio azteca fue, con mucho, la sociedad de Estado de mayor tamaño y la más desarrollada. Este imperio comprendía un territorio del tamaño de Italia e incluía unos 25 millones de personas.[19] Su ciudad capital, Tenochtitlan, situada en donde actualmente se encuentra la ciudad de México, tenía una población que oscilaba entre 250,000 y 500,000 personas, lo que la convertía en una de las mayores de su época –del mismo modo que la ciudad de México lo es ahora. Una clase social gobernante compuesta por líderes militares, políticos y religiosos ocupaba la cima. El papel económico de esta clase era acumular y dirigir la inversión que se hacía de los pagos de tributos en productos y mano de obra. Los líderes tenían su propia burocracia de recolección tributaria. Una vez recolectados los tributos se invertían, además de en las necesidades de consumo de la clase gobernante, en el mantenimiento y expansión tanto militar como de infraestructura (carreteras, acueductos, etcétera). La clase gobernante azteca controlaba directamente al Estado, que constituía la fuente de su poder económico y político. En la base de la sociedad se encontraban los campesinos, quienes vivían en hogares y comunidades en buena parte autosuficientes. La mayoría de los insumos alimenticios de los hogares provenía de la horticultura, que se complementaba con la cacería, la recolección, la pesca y el pastoreo. Los excedentes –lo que se producía más allá de las necesidades de consumo de los hogares– se destinaban al pago de tributos y al comercio. Las comunidades aldeanas en general tenían días esporádicos de mercado por lo menos cuando los campesinos se reunían para intercambiar sus excedentes. Esto dio origen a una clase económica de mercaderes y artesanos que surtían los mercados. Los mercaderes se especializaban en la compra y venta por sus márgenes de ganancia; los

[18] Roger Bartra, "Tributo y tenencia de la tierra en la sociedad azteca", en Roger Bartra (ed.), *El modo de producción asiático,* México, Ediciones Era, 1969, p. 215.

[19] Michael Meyer y William L. Sherman, *The Course of Mexican History,* Nueva York, Oxford University Press, 1979, p. 89.

artesanos vendían sus productos y servicios. Además de las clases económicas que conformaban la gobernante, existía también una pequeña clase esclava que se conformaba sobre todo con los prisioneros de guerra, los deudores y los criminales. A diferencia de la esclavitud de las antiguas Grecia y Roma o de la que llegaría posteriormente al Nuevo Mundo, ésta era limitada. La condición misma de la esclavitud no pasaba a los hijos de los esclavos, y el trabajo y los productos surgidos de ella no eran la base esencial de la economía azteca. En términos de los niveles de consumo, es decir, de las clases sociales, la sociedad azteca se extendía desde las clases más bajas de los campesinos pobres y los esclavos hasta la clase rica superior, que conformaban los miembros de las familias de la clase dominante. Entre ellos existía una pequeña clase media a la que pertenecían sobre todo los prósperos mercaderes de Tenochtitlan.

A este retrato económico y social de la sociedad azteca hay que añadir su visión del mundo y su profunda religiosidad; elementos ambos que jugaron papeles importantes en la vida cotidiana de sus instituciones y que serían factores clave para influir en el curso de la conquista. Los aztecas creían profundamente vivir dentro de un orden divino que gobernaba cada aspecto de sus vidas –desde la posición de las estrellas hasta sus destinos personales. Eso tenía sentido para ellos y les daba un propósito en sus vidas. Dentro de este orden, su dios supremo, el sol, tenía que luchar de manera constante contra las fuerzas de la oscuridad y la muerte. El sol debía surgir victorioso o toda la vida se extinguiría. Cada oscurecimiento o eclipse marcaba el comienzo de una batalla del sol con las fuerzas de la oscuridad, cada amanecer indicaba que él había vencido y que la vida continuaría. Según la creencia azteca, el propósito de todas las actividades –hacer la guerra, cosechar y sacrificar víctimas– era mantener este orden divino. Cualquier falla podría interrumpir su funcionamiento. Si se suscitaba una inundación era un signo al igual que un castigo que indicaba que los aztecas no habían cumplido adecuadamente con sus obligaciones divinas. Los sacrificios de su propia sangre eran requeridos para retornarlos a su lugar en el orden divino. Se trataba de una visión fatalista del mundo que indica por qué los aztecas llegaron al extremo de realizar sacrificios humanos. Creían profundamente que esto era así y que al mismo tiempo eran impotentes para hacer otra cosa que no fuera cumplir con el orden en el que creían; de otro modo, todo el orden cosmológico se derrumbaría. Esa era su obligación para hacer que tanto ellos, no como individuos, sino como pueblo, y todo el orden divino, sobrevivieran. Creían también que su mundo cosmológico –el del quinto sol– había sido precedido por cuatro mundos previos, cada uno de los cua-

les había terminado en una calamidad. Su mundo también tenía por destino terminar de manera apocalíptica –como sucedió.

Europa al comienzo de las conquistas

Europa, en el tiempo de las conquistas, se encontraba en niveles completamente distintos de desarrollo tecnológico y social, en comparación con Norteamérica. En contraste con ésta donde la horticultura –el uso de coas para cultivar huertos– constituía el nivel más alto de tecnología, Europa tenía ya más de un milenio de haber conocido tecnologías agrícolas más sofisticadas y productivas, que empleaban arados tirados por animales para cultivar los campos. Los europeos traerían con ellos el arado de tracción animal y lo introducirían a América. En términos de desarrollo social, a diferencia de Norteamérica, en donde la sociedad azteca de Estado era el nivel más alto de tecnología logrado, la Europa del siglo XVI transitaba del feudalismo al capitalismo.

El feudalismo europeo, como lo describió de manera tan completa Marc Bloch, estaba compuesto esencialmente de economías basadas en la extensión de las tierras, naturales, autárquicas y previas a la mercantilización; en las que los señores dominaban a los campesinos.[20] Los señores controlaban el usufructo de la tierra, la que rentaban a los campesinos. Éstos, en su mayor parte producían para su propio consumo familiar. Sus excedentes se dividían entre los que utilizaban para el pago de la renta y aquellos que eran llevados al mercado.

El desarrollo del capitalismo requirió una transformación radical del feudalismo, que demandó el desarrollo de mercados libres de mano de obra, de los medios de producción (capital) y de los productos. La mano de obra campesina tendría que separarse de la tierra, como acabó sucediendo, y quedar disponible para su contratación. La tierra –el principal medio de producción feudal– debería estar disponible para la venta. Los productos del trabajo tendrían que venderse en mercados en vez de ser consumidos directamente por sus productores. Los tres tipos de mercado ya estaban en diversas etapas de desarrollo en Europa en el momento de la conquista, de modo que fue posible hablar del surgimiento de verdaderas sociedades capitalistas organizadas en torno al mercado. Pero el desarrollo capitalista se dio de manera desigual en Europa. Algunas regiones y países enteros progresaban más

[20] Marc Bloch, "Feudalism, European", en *Encyclopaedia of the Social Sciences,* Nueva York, Macmillan, 1933; y *Feudal Society,* trad. L.A. Manyon, Chicago, University of Chicago Press, 1961, publicado originalmente en 1940.

rápido que otros. Los mercados y talleres urbanos eran los centros originales de las actividades capitalistas, mientras que el campo permanecía estancado en relaciones feudales y en economías basadas en la posesión de la tierra. Inglaterra y Holanda se transformaron a tasas más rápidas que España o Portugal. El desarrollo desigual del capitalismo europeo se reflejaría en las diferentes maneras en que los conquistadores de Norteamérica construirían sus sociedades coloniales.

Las conquistas

En Norteamérica, los españoles, ingleses, franceses y holandeses se apoderaron del control de diferentes áreas y de los pueblos indígenas en su interior. Por primera vez, la clase y la raza se corresponderían, al ser forzados los indios a ocupar los escalones más bajos del sistema colonial de clases. En la Norteamérica colonial, los indios se convirtieron en esclavos, campesinos, peones y sin duda en pobres. Hay una clara relación entre la conquista y la subyugación forzada de clase de las poblaciones aborígenes y la continuada realidad de que en la actualidad en Estados Unidos, México y Canadá los indios constituyen los grupos étnicos y raciales que sufren los parámetros de vida más desiguales.

La conquista de mayor escala y la más espectacular se suscitó lógicamente en lo que actualmente es México, donde la población indígena era más numerosa y más desarrollada. Uno de los grandes misterios que ha inquietado a generaciones de historiadores es el de cómo le fue posible a Hernán Cortés, con tan sólo unos 500 soldados derrocar al imperio de guerreros que controlaba a experimentados ejércitos con cientos de miles de hombres. El enigma generalmente ha encontrado tres respuestas, las cuales parecen válidas. Podemos verlas como factores que contribuyeron en vez de intentar determinar su orden de importancia.

Primero, el imperio azteca no ofreció una resistencia unificada a los invasores. Los aztecas tenían enemigos en sus fronteras y dentro de ellas había quienes se les oponían. Dado que continuamente buscaban expandir éstas y sus áreas tributarias, se encontraron con la oposición de algunas sociedades de Estado más pequeñas como Tlaxcala. Dentro de las áreas conquistadas había resentimiento y descontento entre muchas de las comunidades aldeanas y los pueblos sujetos. Cortés fue capaz de aprovechar hábilmente estas fisuras y atraer a los enemigos de los aztecas hacia sus propios ejércitos. En otro caso, derrotó a ejércitos indígenas más pequeños en la periferia del imperio azteca y luego añadió sus elementos a los propios. En parte se suma-

ron con la causa del conquistador (en la historia militar, ejércitos que han sido destruidos completamente en el campo de batalla por fuerzas abrumadoras con frecuencia se han unido a sus conquistadores. Estados Unidos, por ejemplo, tuvo escasos problemas para reorientar las lealtades de los soldados granadinos y panameños tras sus invasiones en 1983 y 1989, respectivamente). En parte Cortés los obligó a unirse a sus ejércitos como una condición de rendición. Para cuando Cortés realizó el ataque final a Tenochtitlan, sus 500 hombres estaban apoyados por más de 100,000 soldados indígenas.

Hay una cierta mitología racial en torno a estos eventos. Debido a que Cortés tenía cantidades considerables de aliados indios, es engañoso ver la conquista inicial como una batalla que se libró completamente entre españoles e indios. Cortés irrumpió en una situación en la que los pueblos indígenas no estaban unidos. Pertenecían a imperios de Estado diferentes y con frecuencia se hallaban en guerra entre sí (como los aztecas y los tlaxcaltecas); eran simples sujetos oprimidos de uno u otro imperio; o vivían fuera del control de los imperios y tenían identidades más locales. Creer que a la llegada de los españoles los pueblos indígenas podían haber desarrollado una unidad que borrara todas estas divisiones es creer que la identidad racial común es (o debería ser) la fuerza motriz de la historia.

Al respecto, el nacionalismo mexicano y la identidad nacional se han formado en buena medida a partir de una interpretación particular de la conquista. Según ésta, la identidad nacional mexicana comienza mucho antes de la llegada de los españoles a los pueblos indígenas. La conquista terminó trágicamente con sus civilizaciones. La interpretación oficial ve a Cortés como a un invasor de México. Por esta razón no hay más que un puñado de estatuas perdidas alusivas a él en el México actual. Aún más desdeñada en la historia mexicana es la intérprete india y amante de Cortés, Malintzin o *doña* Marina, como la llamaban los españoles, cuyo consejo hábil ayudó significativamente a sus victorias. A ella se hace referencia como *la Malinche*, una variación de su nombre indio y se le ve como a la gran traidora del México prehispánico. En la actualidad, el término *malinchista* se aplica a los mexicanos que se identifican más con los extranjeros que con su propio país. La interpretación del papel de la Malinche se relaciona también con el complejo cultural de las ideas *machistas* en el que los hombres ven en las mujeres a potenciales traidoras y por eso las temen. El problema, como ha señalado Roger Bartra, es que no hay una patria mexicana prehispánica que pueda traicionarse. México, como nación, se desarrolló después, no antes, de la con-

quista.[21] Ver a los pueblos indígenas como si hubieran sido una nación no sólo ignora las realidades de sus divisiones; también reduce, una vez más, la identidad nacional a una primordialmente racial, es decir, a una indianidad.

El segundo factor instrumental en la derrota de los aztecas fue la enfermedad. Cuando llegaron los españoles a las Américas, trajeron consigo, sin que pudiera evitarse, los gérmenes de enfermedades que se habían difundido previamente en toda Europa. Los españoles, a lo largo de generaciones, habían producido resistencias relativas a éstas, pero en las Américas no se había tenido experiencia biológica alguna con ellas. Por tanto, cuando se llevó a cabo el contacto, las enfermedades se difundieron como incendios en la población indígena. Entre otros, Crosby ha concluido que una de las razones por las que los aztecas fueron incapaces de oponer mayor resistencia a los conquistadores, fue que durante las batallas decisivas gran número de ellos estaba muy enfermo o delirando a causa de las enfermedades traídas por los europeos.[22]

El tercer factor que influyó en la derrota fue la visión azteca del mundo, o su sistema de creencias. Como se mencionó, los aztecas creían firmemente que tarde o temprano su mundo terminaría de manera apocalíptica. En este contexto, el emperador azteca Moctezuma y la mayor parte de sus consejeros creyeron al principio que los conquistadores españoles eran dioses y mensajeros de una destrucción de su mundo que se daba por orden divina, destrucción en contra de la cual nada podía hacerse fuera de aceptarla fatalmente. Éste constituyó un factor subjetivo que debilitó las defensas de los aztecas y permitió que los conquistadores cumplieran sus propósitos con relativa facilidad. Aun si los aztecas no hubieran estado completamente seguros de que su perdición ya había sido ordenada por los dioses, existía una duda lo suficientemente generalizada entre las filas de sus ejércitos como para contaminar la resistencia. Los aztecas nunca antes habían visto armas de fuego o caballos. Los sonidos ensordecedores y el fuego mortal que escupían las armas, al igual que las bestias que transportaban a sus portadores eran aterrorizantes. Además las enfermedades que caían sobre ellos los desfiguraban. Estos eventos inquietantes confirmaban la creencia de que su fin apocalíptico, en efecto, estaba cerca. Una vez conquistada, la población azteca estaba fatalmente predispuesta, debido a su sistema de creencias profundamente arraigado, a aceptar que el mundo del quinto sol dejaba de existir y que un nuevo mundo con un nuevo dios tomaría su lugar.

[21] Roger Bartra, *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano,* México, Grijalbo, 1987.

[22] Alfred M. Crosby, *The Columbia Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492,* Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1972.

En las décadas que siguieron a la conquista del imperio, las fuerzas militares españolas se trasladaron hacia el norte, e intentaron ampliar su control. El imperio azteca que los españoles conquistaron se extendía tan sólo hasta el actual estado de Hidalgo. Más allá de éste, vivían los pueblos chichimecas, que dependían para su supervivencia sobre todo de la caza y la recolección en las tierras áridas de los actuales estados del norte de México. Los pueblos chichimecas se mezclaron con los apaches, que también eran cazadores y recolectores nómadas, que se distribuían en lo que en lo que ahora son Arizona, Nuevo México y Texas, en Estados Unidos, y Sonora y Chihuahua en México. Poco después de conquistar Tenochtitlan, los españoles dieron inicio a su impulso militar hacia el norte, provocando una serie de guerras con los pueblos chichimecas, que eran ferozmente independientes. Más al norte, en las áreas que habrían de convertirse en el sureste de Estados Unidos, los españoles se toparon con otras resistencias, en especial de los apaches. Al principio, lograron la paz con las aldeas de los pueblo. Pero en 1680 éstos se rebelaron y expulsaron a los españoles de Nuevo México. Más tarde, los españoles lograron regresar y coexistir con los pueblo. Pero nunca fueron capaces de subyugar por completo a los apaches y otros indios nómadas, de manera especial en el oeste de Nuevo México, la actual Arizona.[23] El sometimiento final de todas las bandas indígenas sólo se lograría a través del ejército de Estados Unidos tras la guerra entre éstos y México (1846-1848).

Las otras conquistas que se suscitaron en el continente norteamericano fueron menos épicas que aquellas que se dieron en México, pero igualmente decisivas para los pueblos indígenas. Las primeras colonias inglesas permanentes en la actual costa este de Estados Unidos, las de Jamestown y Plymouth, no se establecieron sino hasta cerca de un siglo después de la conquista española de Tenochtitlan. A diferencia de los españoles que tuvieron que enfrentarse a áreas densamente pobladas, los ingleses se encontraron con poblaciones relativamente dispersas. En contraste con los españoles, que buscaban aprovechar la abundante mano de obra india para construir sus ciudades coloniales y más tarde cultivar sus tierras, los ingleses llegaron con una mentalidad de enclave. Construyeron sus ciudades como fuertes, buscando siempre que los indios estuvieran fuera de los límites en los que ellos vivían. A diferencia de los españoles, que vivían con ellos, y que cada vez se mezclaban más con los indios, los ingleses se segregaron de manera rígida.

[23] Véase Carey McWilliams, *North of México,* Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1968, publicado originalmente en 1949.

A medida que llegaron más colonizadores en busca de tierra óptima para los plantíos, las colonias superaron sus fronteras a expensas de los indios. Con el tiempo, la expansión provocó resistencia y se desataron las guerras. En los alrededores de Plymouth, en 1675, se inició la guerra del rey Felipe, llamada así por el nombre que los ingleses le daban al jefe indio. Después de derrotar y capturar a los indios, los colonizadores ejecutaron al jefe y colocaron su cabeza en una estaca en Plymouth, donde permaneció por 20 años. Su esposa e hijos fueron enviados a las Indias occidentales y vendidos como esclavos. Los primeros colonizadores europeos permanentes del área de Nueva York eran holandeses, quienes fundaron la Nuevas Tierras Bajas (New Netherlands). Expandieron también sus dominios con violencia, a expensas de los indios. En 1641, los soldados holandeses masacraron mientras dormían a todos los ocupantes de dos aldeas indias en Staten Island, una porción de la actual ciudad de Nueva York. Quemaron luego las aldeas hasta dejar sólo cenizas. Como en México, las enfermedades europeas cobraron un alto precio a los pueblos indígenas. En el área de la colonia de Jamestown, los 8,000 indígenas powhattan que habitaban ahí originalmente al paso de dos generaciones fueron reducidos a 1,000.

Los colonizadores franceses fundaron la primer colonia europea permanente de Canadá en Québec en 1608, aproximadamente al mismo tiempo que se fundó la de Jamestown. Los franceses establecieron una política diferente con respecto a los indios, en contraste con Jamestown o Plymouth. En su mayor parte, en vez de segregarse de los indios, formaron alianzas con diferentes grupos en las guerras que éstos tenían entre sí. La de mayor escala fue la que se llevó a cabo entre los algonquinos y los iroqueses, ahí los franceses tomaron partido por los algonquinos, a partir de 1609, en una guerra que se extendió medio siglo por el control del comercio de pieles en las áreas de los Grandes Lagos inferiores y de San Lorenzo. Lo que el azúcar fuera para el Caribe, lo era la piel para la Nueva Francia. Por lo general, los franceses obtenían pieles, para las que había un creciente mercado mundial sujeto a los dictados de la moda, de los indios, quienes con frecuencia las conseguían de otros indios que se situaban tierra adentro o ellos mismos las recolectaban. Los franceses eran los mercaderes y los indios los recolectores de pieles. La piel desempeñó un papel como producto de exportación similar al que jugó el azúcar en el Caribe. La diferencia estribaba en que no había posibilidades de producirla bajo condiciones de plantación, donde pudiera concentrarse la fuerza de trabajo esclava subyugada. Tenía que atrapar a los animales en amplias áreas boscosas. En 1649, los franceses decidie-

ron conseguir las pieles por sí mismos, como tramperos, y prescindir de los mediadores indios, quienes eran esencialmente "guerreros mercenarios recolectores de pieles".[24]

De tal modo, en la mayoría de los casos, los franceses intentaban trabajar con aliados indios para vencer a otros indios en favor de los intereses de Francia. Las confrontaciones no tuvieron el seco carácter de europeo contra indio que adoptaron en las áreas que habrían de convertirse en Estados Unidos. Los franceses simplemente intervenían para tomar partido en hostilidades previas en la zona para avanzar en sus intereses. Sin embargo, la política general de establecer alianzas con una u otra de las tribus indias beligerantes, no careció de excepciones. El primer contacto entre el pueblo beothuk en Terranova y los pescadores franceses derivó en una confrontación, en la que los franceses intentaron cazar y aniquilar a toda la población beothuk.[25] Como en todas las áreas de Norteamérica, las enfermedades también representaron un alto costo para los amerindios canadienses. En 1639, una epidemia de sarampión mató a dos tercios de los 30,000 miembros de la Confederación Hurón.[26]

Conclusiones

En términos de desarrollo, las sociedades indias de Norteamérica en vísperas de la conquista cubrían una gama que iba de las bandas nómadas de cazadores y recolectores, pasando por las comunidades aldeanas horticultoras, hasta los imperios de Estado de Mesoamérica. En contraste, la Europa de la época estaba compuesta de sociedades agrícolas con diversos grados de transformación del feudalismo al capitalismo. La conquista de Norteamérica empezó en su área más altamente desarrollada, la del Imperio azteca, para esparcirse en los siguientes tres siglos hacia regiones más remotas del continente. Debido a que tanto Europa como Norteamérica al principio de este periodo de conquista y colonización estaban desarrolladas de manera desigual en términos tecnológicos y económicos, así como culturales, las características de las sociedades que se construirían después de la conquista también habrían de variar.

Los orígenes de las correlaciones de clase y raza en Norteamérica se remontan a las consecuencias que estas conquistas tuvieron en los siglos XVI

[24] George Brown y Ron Maguire, "Indian Treaties in Historical Perspectiva", en James S. Frideres, *Native People in Canada*, Scarborough, Ontario, Prentice-Hall Canadá, 1983, p. 49.

[25] *Ibidem*, p. 40.

[26] Francis, Jones y Smith, *Origins*, p. 47.

y XVII. La reconstrucción colonial de Norteamérica, a las que nos enfocamos a continuación, sumaría a los africanos esclavizados con los indios derrotados en cuanto razas subyugadas. Las desigualdades sociales contemporáneas sufridas por indios y negros no pueden entenderse sin referirse a sus raíces en estos desarrollos históricos. Son legados de las conquistas y la esclavitud. El racismo, como la ideología de las razas superiores e inferiores, se desarrolló en este periodo a manera de intento por justificar y racionalizar el papel europeo en estos eventos.